

## AGENDA CIUDADANA

### LA MEXICANA, UNA DEMOCRACIA CON ADJETIVO

Lorenzo Meyer

La “Democracia Real”.- Cuando se hace referencia al “socialismo real” el propósito del adjetivo y las comillas es subrayar lo negativo del contraste entre la gran promesa --las concepciones originales sobre el socialismo-- y lo que realmente se construyó y funcionó a partir del triunfo bolchevique en Rusia en octubre de 1917. Al encarnar en sistemas de poder reales, la utopía socialista --la sociedad justa, sin explotación, libre, solidaria y donde el hombre tendría la posibilidad de desarrollar a plenitud sus capacidades creadoras-- se materializó en lo opuesto: en feroces dictaduras burocráticas, totalitarias y el Gulag. En la democracia la promesa tampoco corresponde por entero a la realidad, aunque se trata de un contraste mucho menos agudo y destructivo que en el socialismo.

En las democracias, la igualdad política puede ser sabotada por una gran desigualdad social; en ellas el Gulag no existe, pero pueden desarrollar terribles sistemas carcelarios donde se encuentren sobrerrepresentados los pobres, las minorías marginadas y donde los banqueros y criminales de cuello blanco lleguen sólo como excepción; y la corrupción puede negar el Estado de Derecho.

Desde el inicio, en la democracia, la promesa fue mucho menor que en el socialismo, fue más realista y por ello desilusionó menos. En efecto, el socialismo pretendió cambiar de manera radical a la sociedad porque suponía la posibilidad de modificar la naturaleza misma de los seres humanos. En contraste, la democracia liberal asumió desde el inicio los defectos y limitaciones de los individuos --en particular el egoísmo-- como una constante, y no pretendió la

superación definitiva de los grandes problemas sociales, sino simplemente su mejor administración mediante la ampliación de las libertades políticas y de la seguridad jurídica. De todas formas, en los sistemas democráticos efectivamente existentes la diferencia entre teoría y realidad puede llegar a ser significativa, y vale la pena hacer la distinción entre la teoría y el ideal, por un lado, y la “democracia real” para tratar de quitarle, en la práctica, las comillas y el adjetivo. Y para ejemplos donde es urgente, no tenemos que ir lejos, basta con observar las debilidades y problemas de gobernabilidad en nuestra región; por ejemplo, en Argentina o Venezuela y, desde luego, en nuestro propio país, en México.

La democracia definida como gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo –es la descripción más sencilla y difundida--, no ha correspondido a la realidad en ninguna parte o época. Sin embargo, a diferencia del socialismo, la teoría democrática –en justicia se debe hablar de teorías, pues en este campo siempre ha existido una pluralidad de escuelas y no hay ortodoxia-- desde el principio incorporó en su esquema la imperfección individual y colectiva, lo que le sirvió de vacuna en contra de la utopía. De todas formas, la distancia entre lo que debería ser y lo que efectivamente es, puede resultar tan grande, que es indispensable subrayar el hecho e insistir en la necesidad práctica y ética de disminuir la brecha –en algunos casos, un verdadero golfo— entre ideal y realidad, pues de lo contrario se puede agudizar la indiferencia o la desilusión entre los ciudadanos, al punto que se busquen alternativas. Y hasta hoy, esas alternativas han resultado peores.

La Promesa Incumplida.- Desde antes del 2 de julio del 2000, un poco de sentido común y de conocimiento de la realidad, permitían suponer que por si

mismo, el cambio de régimen político, no podría resolver casi ninguno de los grandes problemas nacionales mexicanos. Sin embargo, era razonable esperar que tal cambio propiciaría las condiciones para que, a mediano plazo, se empezaran a administrar de mejor manera las múltiples agendas propias de una sociedad subdesarrollada, con una demografía relativamente densa, con grandes desigualdades sociales, con una ecología seriamente degradada, con altos índices de pobreza y marginalidad, con una institucionalidad carcomida por la corrupción –especialmente por el narcotráfico-- y con una alta y creciente dependencia económica y política del poderoso vecino del norte, entre otros problemas.

Una Clase Política que no está a la Altura del Desafío.- Las elecciones del 2000 llevaron a una recomposición del grupo de políticos profesionales que gobiernan a México, es decir, de la clase política. Pero la ciudadanía se mostró muy dividida en sus preferencias y no dio a nadie un mandato claro, de tal suerte que la división del poder no ha resultado particularmente funcional para la consolidación de la democracia. El Poder Ejecutivo quedó en unas manos, pero el Legislativo en otras. Por otro lado, Vicente Fox formó un círculo alrededor de su presidencia donde dominaron, no quienes realmente tenían peso en el partido que le postuló –el PAN-- sino gentes muy nuevas no sólo en el manejo de la maquinaria administrativa del gobierno –eso era natural tras 71 años de monopolio del PRI— sino muy nuevas en la vida política misma. Examinando la biografía del gabinete, se puede comprobar que el círculo interno del Ejecutivo –el corazón del foxismo— hay muchos personajes que no se habían formado dentro de la reflexión sobre los grandes temas de la política, sino de la administración de

la empresa privada. Por tanto, se trata de cuadros que en su etapa formativa, no vivían ni para la política ni de la política y eso es hoy uno de sus puntos débiles. Los *curricula vitae* del círculo interno del presidente, nos dicen que sus miembros fueron quizá muy competentes como promotores de los intereses de empresas como Coca Cola o Bimbo, pero esas no necesariamente son las mejores credenciales para hacer frente a la compleja responsabilidad histórica que implica echar a andar y consolidar un régimen político nuevo y democrático, especialmente en un país sin tradición en ese campo.

Ahora bien, sí el problema central con esa parte de la clase política mexicana que hoy controla el Poder Ejecutivo es que casi no tiene pasado político, la otra cara de la moneda, es que la oposición más numerosa y más dura, la que domina el Poder Legislativo, tiene pasado político en exceso. Y lo malo no es la veteranía de un buen número de legisladores priístas y de otros partidos, sino que su formación no es compatible con las necesidades de la democracia, sino todo lo contrario.

Cuando el PRI fue echado de “Los Pinos”, supo atrincherarse, junto con “compañeros de viaje” de otros partidos, en el Congreso, en las organizaciones corporativas que eran la esencia del viejo régimen –CTM, SNTE, STPRM, etcétera-, en las estructuras burocráticas de la administración federal y paraestatal, en los gobiernos de los estados y en los municipios. Desde ahí, y una vez repuesto del *shock* que significó perder el poder, los priístas y sus aliados han llevado a cabo una lucha de resistencia que les ha dado mejores resultados de los que era posible suponer en un principio, cuando la euforia del triunfo de la oposición dominó en una buena parte del espectro social mexicano.

**Lo Peligroso: el Núcleo Central de la Oposición no es Democrático.**- Para desarrollar su esencia, toda democracia requiere de una real división de los poderes –al poder político sólo lo puede limitar de manera efectiva otro poder político— y de una oposición vigorosa. En el nuevo régimen mexicano, a nadie le puede caber duda que la oposición nació fuerte, pues el 61.72% de los miembros del la Cámara de Diputados no pertenecían a la Alianza por el Cambio que apoyaba al presidente ni el 61.90% de la Cámara de Senadores. Un partido de oposición ganó la mayoría relativa –el PRI-- y el conjunto de la oposición la mayoría absoluta.

La existencia de un gobierno dividido como es hoy el mexicano, no tiene porque impedir el buen funcionamiento democrático; después de todo, el pluralismo es la esencia de ese tipo de régimen. El ideal es que ninguna de las partes imponga por entero su solución e intereses a las otras, y que el resultado sea un compromiso entre posiciones antagónicas. Hasta ahí, todo bien, pero la cosa cambia si se considera que en el caso mexicano, la mayoría relativa en el Poder Legislativo y en los gobiernos de los estados, corresponde a una corriente antidemocrática. Y esta afirmación no es una suposición, sino una realidad tan grande como una catedral. En efecto, todo el largo pasado del PRI –desde 1929 hasta hoy-- no es otra cosa que una serie de variaciones en torno a la forma autoritaria de ganar, consolidar, ejercer y perder el poder. Todos los personajes que hoy dirigen el PRI –el CEN, sus legisladores y gobernadores--, todos, se formaron en la cultura y las estructuras autoritarias y muy corruptas del pasado. Aún no existe la “nueva camada” del priísmo, la formada ya en un entorno no autoritario.

La otra oposición minoritaria, el PRD, viene de la izquierda revolucionaria – donde, por definición, la democracia liberal no es más que un engaño burgués— o de un desprendimiento del PRI. En su discurso el PRD siempre se comprometió con la democracia pero en la práctica no; sus dos últimas elecciones internas han sido una larga cadena de escándalos, de acusaciones entre los candidatos por prácticas fraudulentas y tramposas.

El Resultado: la Semi Parálisis Democrática.- Como candidato y como presidente electo, Vicente Fox prometió resultados. La democracia no es utópica, pero a final de cuentas sólo se justifica si modifica de manera positiva el espacio de lo público, tanto en lo material como en lo moral. Es verdad que el tiempo que lleva el nuevo régimen enmarcando los procesos políticos mexicanos es muy poco, apenas 16 meses y medio. Sin embargo, lo desilusionante o, incluso, alarmante, es la percepción de ineficacia. La división y la pugna entre el presidente y su equipo de novatos, por un lado, y las oposiciones por el otro, más la tensión entre el presidente y su propio partido (la pugna entre los panistas viejos y el neopanismo), ha desembocado en un empantanamiento de los actores políticos y el ciudadano lo nota. Un Ejecutivo con poca experiencia propone, y un Legislativo dividido y en donde sobresalen los cuadros formados en las diversas mentalidades autoritarias del pasado –particularmente en el Senado—, sistemáticamente prefiere neutralizar la propuesta que negociarla con ánimo constructivo.

El ejemplo más reciente e ilustrativo del empantanamiento al que se ha hecho referencia, lo provee el frustrado viaje del presidente Fox a Canadá y a Estados Unidos, que tendría lugar entre el 15 al 18 de abril. El objetivo era una

serie de reuniones con funcionarios e inversionistas y residentes mexicanos en esos dos países de los que somos socios minoritarios en el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte. Se trataba de un viaje bastante rutinario y encuadrado en la función del presidente como responsable de formular y conducir la política exterior del país. La oposición en el Senado le negó a Fox el permiso para salir del país –permiso que quizá tenía razón de ser cuando se instituyó en el siglo XIX, pero no hoy, cuando los viajes son relámpago y siempre se puede mantener el contacto con el país--, pero esa acción del Senado no tuvo ningún propósito constructivo, simplemente la oposición quiso medir fuerzas con el presidente.

La profunda división en la clase política mexicana tiene casi paralizado un proceso que necesita la paz en Chiapas, una estructura fiscal que le de recursos a un erario raquíutico --fondos para políticas sociales sustantivas y construcción de infraestructura--, una nueva ley federal del trabajo, un nuevo marco legal para maximizar la producción de energía o mejorar la impartición de justicia. Se necesita, en suma, la reforma del Estado, pero la clase política mexicana se dedica a gastarse en la lucha interna, ¡a usar la pólvora de la democracia en “infiernitos”!

El “socialismo real” se fue al cesto de la basura de la historia y la “democracia real” corre el mismo peligro en Argentina, Venezuela... o México, pues en estos países la clase política no se ha estado comportando a la altura del reto histórico. Quizá las elecciones del 2003 puedan destrabar el proceso mexicano, pero no es seguro y, en todo caso, se habrá malgastado ya un buen tiempo, el mejor, el del entusiasmo por el cambio.

